



Alberto Baeza Flores

Expediente literario y humano de Enrique Labrador Ruiz

I



NO sé, en verdad, si la vida de Enrique Labrador Ruiz es su más estupendo relato o si sus relatos son su más extraordinaria vida. En él, como creador grande, existencia y palabra se condicionan tanto que llegan a ser un solo cuerpo. Los días tiene vocación de páginas y los años costumbres de volúmenes.

“Vivir será primero, después será morir”, dijo un poeta, en la vehemencia verdadera de la aurora adolescente y he aquí que frente a Labrador Ruiz pienso en el verso de su gran amigo del sur. El mundo es río que corre a morir y el único modo de detenerlo, un poco, es fijarlo transitoriamente en la palabra que pasa también como el río, pero que el corazón la nombra, rescatándola del momentáneo ondular y escaparse, fijándola como la luz en el Génesis.

Cuando hace quince años vi asomar a Labrador Ruiz en el umbral de aquella casa de huéspedes de La Habana, de calle Manrique, como si dijéramos en el portal contiguo al barrio chino, y le escuché al novelista sus recados vitales y su cubanía raigal; cuando le vi recontar cosas que eran como vaho de una vida ardientemente patética; cuando empecé a leer esas novelas que él había colocado

en mis manos —“El Laberinto de sí mismo”, “Cresival”, “Anteo”, y que él llama “novelas gaseiformes”— entendí que tenía delante a un gran agonista a fuerza de tanta salud vital; que se trataba de un creador solitario, monologante, angustiosamente saludable y directo. Su inquietud era devoradora. Estaba enterado de lo que se escribía y pensaba en el sur, como sabía hasta el menor latido del corazón de su tierra. El andaba en páginas y las páginas andaban en él. Como sus personajes, se quemaba por los dos cabos. No había que pedirle objeto expreso a sus novelas porque siendo testimonios de la vida reflejaban un vivir para un vivir, sin otra justificación que la vida como suma y fin. Entre lo mirado y lo escrito no podía haber antagonismo alguno tratándose de este contador de lo existencial. En él todo entraba a ser fidelidad, testimonio de existencia y agonía terrestre. A veces monologaba como un Unamuno con sol. Su mística era el vivir. Y aquella vitalidad fuerte, terriblemente comunicativa, de toro suelto en valles soleados, a veces cuajaba en una sonrisa de aguas.

Después, ya se sabe, vino el existencialismo. Muchos se llenaron los bolsillos con papeles de Sartre, de Camus y los demás. Algunos volvieron a sonreír con la ingenua sonrisa de los indígenas ante los collares de cuentas de los hombres llegados de más allá de los mares. Y los que en nuestra América ponen el reloj literario a la última novedad de la moda literaria francesa, no pudieron sospechar que en la picaresca española hay páginas de un existencialismo activo, y que el sordo oleaje de la congoja interior de Quevedo, ese resoplido del alma en el mundo, ese existir muriendo estremecidamente patético, donde la muerte mete sus manos en el corazón para incitarlo a más vivir, es latido existencial, también y muy anterior a todo lo otro que nació del fango de los escombros del hombre humillado por la guerra.

Tampoco los eternos corredores hacia la novedad de la novedad, que no saben nada del mundo maya ni del mundo incásico que lo tienen a dos pasos del alma, podían ver al existencialista español, don Miguel de Unamuno el eterno inconforme de Salamanca.

No vieron, naturalmente, que el existencialismo que buscaban afuera lo tenían en casa, pero viviendo a pulso puro, por agonía no especulativa ni demagógica, sino por pura y simple respiración natural del existir. No podían ver el mundo gaseiforme de Enrique Labrador Ruiz, ni atisbar sus síntomas y sus evidencias. Y así quedaron las cosas.

II

Labrador Ruiz siguió trabajando. Es un poeta que anda metido en la vida y la vida le anda como enredadera subiéndole hasta los riñones y hasta el corazón.

Hay que leer con atención su "Manera de Vivir", porque es su "Pequeño Expediente Literario". El expediente mayor está repartido a lo largo de las centenares de páginas de sus novelas y cuentos. Su manera de vivir es tan directa, tan sinceramente vital, que no encuentro antecedentes para este libro en las letras cubanas. Le oí cierta vez un discurso de queja civil y literaria a José Antonio Ramos, con un tono encendidamente patético y profético, pero estas páginas de Labrador Ruiz bien poco tienen que ver con aquellas, que pudieran haberseles acercado. "Papel de Fumar" es un apéndice a "Manera de Vivir". Ha llamado al libro "Cenizas de Conversación", el apasionante autor, y yo me lo imagino como acotaciones que faltaron al libro anterior, más directamente combatientes y agresivas. Si "Manera de Vivir" es el monólogo o el diálogo en el café, en la sala del escritor, "Cenizas de Conversación" es el diálogo o monólogo de una acera a otra.

"Vivir es quemarse, consumirse y aprovechar las cenizas. Vivir es quemarse por las dos puntas, me ha dicho verbalmente Labrador. "Existir para producir, no para vegetar, he ahí al escritor", me ha agregado, después. Y es increíble la cuota de heroísmo cotidiano que ha necesitado Labrador Ruiz para levantar un mundo intensamente vital por los cuatro costados, en medio del desierto ambiental y de

la terrible soledad en que vive agonizando el escritor en casi toda nuestra América solitaria, maltratada y cohibida.

Todo tiente al regusto del regodeo y el creador de obras literarias parece, por su verbo y su denuncia más allá de la obra en sí, como un aguafiestas, porque es el testimoniador. Pero ¡ay si el testigo de su tiempo, si los testimoniadores de estos años, callaran! La vida volvería a tomar un ritmo mineral o vegetal.

Un poco menos de heroísmo, un mayor deseo de acomodación plácida y menor cuota de angustia, y todo este mundo que comentamos hubiera permanecido silencioso o hubiera quedado en umbrales, como ha sucedido a casi todos los compañeros de generación literaria cubana de Labrador Ruiz, hombre sin más compañía que su soledad, su vitalidad de creador, su inmensa curiosidad y su poesía que rastrea lo menudo y en ello toca universos.

El entiende que su oficio es relatar su experiencia y por eso nunca ha esquivado a la vida. Hay una directa relación entre la variada e infatigable vida en ricas experiencias de este testimoniador de lo cotidiano y la conciencia que de toda aquella experiencia ha ido quedando y que como los mares vuelve a fluir convertida ya en expresión literaria, en testimonio verbal.

Me ha hablado Labrador Ruiz de aquel final de la "Oda de Manzoni a Napoleón", y me ha dicho que aquello que dice el poeta italiano es como la regla de oro para los escritores: "Hay que esperar una sola cosa: la ardua sentencia del tiempo".

Conversar con Labrador Ruiz es asistir a una fiesta de la sensibilidad y la inteligencia y es aprender que la tierra es pequeña como una moneda y que el hombre está sobre ella a título de residente. En "Residencia en la Tierra" está este novelista grande, que escribe como los poetas árabes dijeron un día para definir el impulso hacia la plasmación del ayer en palabras de hoy: para recuperar o revivir lo perdido. Y sucede que como el creador sigue viviendo y como cada día pierde algo, porque el tiempo se convierte en recuerdo desde el instante mismo de ser vivido, he aquí que este lúcido

inventariador de lo humano siempre anda como errante en el tiempo, embriagado por una densa marea de años.

Sin esa casi increíble voracidad de curioso de todo, sin aquel haber hecho casa de la tierra y haber ido por su isla, caserío por caserío, sitio por sitio, hasta conocer a Cuba como al más escondido rincón de su cuarto de trabajo, esta obra de Labrador Ruiz acaso no hubiera hallado esa grave ponderación del conjunto, ese atar la vida de su gente y de su isla, en narraciones que se leen como quien bebe un sorbo de ron y que, sin embargo, permanecen como la estrella en el pozo donde se asoma.

Hecha de curiosidad muy sensitiva y de angustia muy apasionada, está la vida de Labrador Ruiz. Ese ir de un sitio a otro de su América; ese regustar errante cada sitio de su isla, tiene como una fuga patética, como una angustia de milenaria sed de traslaciones y vértigos. Acaso eso fué lo que movió a Rimbaud en sus peregrinaciones aventureras.

Si Rubén Darío hubiera podido concordar con Enrique Labrador Ruiz, en Buenos Aires, en Centroamérica, en París o en Madrid, o en cualquier sitio de la tierra; si las fechas natales se hubieran aproximado más y Darío hubiera alcanzado a leer a este novelista buzo del lenguaje y poeta de los cuentos, de seguro que lo hubiera incluido entre "Los Raros". Pero la vida es andén y cuando el padre del modernismo cerró sus ojos angustiados, doloridos de tanto ver, pero ansiosos aún de nuevas auroras, este recontador cubano, de la vida, andaba en sus primeras aventuras adolescentes y estaba en la etapa de vivir, previa a la de recontar.

III

"Tengo que dar una versión total del hombre cubano. Tengo que decir qué es lo cubano, por qué se es cubano" —me dice Labrador Ruiz entre sus libros y sus colecciones maravillosas— de relojes, caracoles, monedas, vasos raros, cuadros, pipas, ceniceros, máscaras y algunas más misteriosamente calladas. Ha inventariado el habla de

su gente y de su tiempo. A través del lenguaje ha ido mostrando cómo es su gente. Ha desmontado las palabras, con la paciencia del experimentado relojero y ha seguido de cazador de palabras y oteador de vidas, con una paciencia, una pasión y un frenesí totalmente lírico.

Simplemente presenta la vida, muestra sus personajes. A veces habla para que no pasen inadvertidos, pero no los defiende, no pretende colocarles máscaras de fácil simpatía. Sabe que su misión es de ardiente y responsable sentidor por todos ellos, y que si nos muestra sus palabras y en ellas vemos un alma, esa labor tiene la arquitectura dionisiaca del creador apasionado, del lírico de la vida y del artista de los relatos vitales y no la doctrina del filólogo o la clasificación del simple coleccionista de vocablos. Mañana, o ahora mismo, claro está, en pocos escritores como en Labrador Ruiz encontrará el estudioso del idioma y de la sociología, del alma y del existir del cubano, un caudal más rico y necesario que en los relatos y novelas suyos. "Soy un hombre que ha vivido siempre en la calle". "La vida se lo ha enseñado todo a uno, si es que uno sabe algo". Así, como si hablara de otro, define su rica experiencia. Un millar de volúmenes no le daría esta riqueza de lo que ha sentido y visto una existencia vivida con patética pasión y creadora soledad.

En uno de los cuentos de ese libro que mira hacia la poesía y la existencia, hacia la realidad y el sueño —"Carne de Quimera", novelines neblinosos—, nos dice en "El Hombre Desleído": "Los papeles, en la gaveta, esperaban por él...; esperarían todo el tiempo, porque los papeles son la vida de un escritor, aunque no los publique jamás y no tengan, al cabo, mérito alguno. Pero son la vida, o la razón de la vida, y esto es mucho". En su casa de calle Reina, en La Habana, he visto los papeles del escritor. La obra ya impresa, que alcanza diez volúmenes, donde hay novelas, colecciones de cuentos, libros de estética y polémica literaria, poemas, sería suficiente para promover un descanso. Sus páginas de críticas tendrán que citarse por la dosis de vida ardiente y sincera que contienen; sus novelas han culminado con "La Sangre Hambrienta", Premio

Nacional de Novela de Cuba y que pronto estará vertido al inglés y al francés; sus colecciones de cuentos van desde "Trailer de sueños" hasta "El Gallo en el espejo", pasando por "Carne de Quimera", vale decir, que van de la poesía a la vida y del sueño a la realidad. Para un ambiente como el nuestro se trata de una obra de extraordinario trabajo y de una vocación aleccionadora. Nuestras mil dificultades, latinoamericanas, menores y mayores, terminan por desalentar al escritor más firme y tesonero, pero en éste parece que su vida está probada contra fuego y adversidad ambiental, y ha triunfado allí donde los demás se callan. En otro ambiente tendríamos ya una lista de obras el doble de crecida y encontraríamos los títulos de nuevas colecciones de cuentos y la continuación de ese tríptico novelístico que inicia "La Sangre Hambrienta" y ha de continuarse con "Custodio de la nada" y "El ojo del hacha", ya escritas. Entre los libros de cuentos que aguardan, escritos en menudos y mayores papeles, el tiempo y oportunidad para que el autor los aliente con el soplo unitivo, se cuenta "Trazado de la tiza".

También hay unos libros de apuntes y memorias literarias, que han de ser un día regusto y deleite para los lectores de nuestra América.

He vuelto a leer unas palabras escritas en uno de los relatos de Labrador Ruiz. He puesto el oído en ellas y siguen sonándose como definitivas: "Servir a Dios es seguir con honestidad el camino que el corazón prefiere". He aquí el camino heroico, la vocación ardiente, del autor de "La Sangre Hambrienta". Me ha parecido oír en otro de los fragmentos de sus libros, un río sordo, mágico, un tanto rilkeano, de donde emergen las grandes verdades. Se advierte en este río como ese don lírico y humano, a veces orquestal a veces más desmayado, pero siempre viril, vibrante, suyo, que le ha servido para amar las alegrías y dolores de sus días y de sus criaturas: "¡Oh calle, estremecida, calle, la calle, mi calle, la de todos, única y numerosa, múltiple e indivisible, en poder tuyo están los secretos de su vida y ahora se me antoja el tiempo de empezar a contarlos; el tiempo justo para contarlos de una vez!"

IV

He aquí este cubano que desde las novelas, los cuentos, las páginas de sus crónicas y sus apuntes literarios y estéticos, no ha hecho otra cosa que entablar un largo diálogo con el existir y ha sabido extraerle a la vida y la muerte de cada día una verdad tan transitoria, tan menuda, tan curiosamente profunda, que ha logrado trascendentalizarla a fuerza de pura substancia, de esencia y conciencia humana.

Nada más que la vida, pero nada menos que ella. En "El Empresario Categórico", dice: "¿Qué había hecho antes en su juventud? Había viajado bastante por el Caribe, había leído a Melville, tenía su punta de misticismo, soñó con ballenas blancas". He aquí los anhelos y los sueños, la realidad y las visiones de uno de sus personajes. La empresa mayor y única ha sido vivir, existir, ambular, y de todo ello ha crecido un arte de vivir y recontar, una profunda y cubana "manera de vivir".

De entre los quince mil volúmenes de su biblioteca va en busca de dos: son las obras completas de Quevedo. Con esos dos volúmenes se iría a una isla desierta. Pero todo lo quiere y todo le interesa, todo lo apasiona y todo lo admira. Su generosidad es el don criollo del cubano raigal, y donde quiera que lleva en la tierra, llevará esta virtud y lo amarán por ella tanto como por su estupenda obra de creador en la novela y el cuento.

Todo le interesa y a todo tiene oídos: a la palabra pronunciada al azar en la conversación, y que el novelista no ha oído antes. "Esa palabra es de oriente", dice Labrador. Y al dorso de un sobre la anota "ajumatanes": Pero allí tiene también una anécdota que trajo al volver de la calle. En un estante están los libros chilenos. Revisa los libros tanto como sus grandes afectos en Chile: González Vera, Ricardo Latcham, Joaquín Edwards Bello, Pablo Neruda, Mariano Latorre y luego me nombra escritores que conoció una vez, que

vió un día, y se le quedaron en la memoria. Todo lo sabe y lo estudia: lo que escriben los creadores de primera fila y lo que se dice y se escribe más atrás. Y tiene ojo crítico agudo. Me repite unos fragmentos de tonada chilena, y se detiene, saboreándola, en una letra: "Fíjate que dice "ponís" y no "ponés". Escucha bien: "Chicha de Curacaví, . . . que ponís los pasos lentos . . .". Se detiene a celebrar la fina manera de aludir a la embriaguez. Me habla de lo popular y del paisaje y la gente. Sobre el estante grande que conserva los libros de viajes —donde están todos los viajes de todos los tiempos— conserva, con emoción, un frasco grande, curioso, raro, iluminado por dentro, con los caracoles más variados. "Me lo dejó Pablo, como recuerdo. El lo compuso y me lo trajo. Ahí está". Y luego va en busca de un ejemplar primoroso del anticipo de "Canto General".

Hemos ido, más tarde, al "Puerto de Sagua". Hay una música de fondo evocadora de todos los climas del mundo, que va girando como una rueda melódica, pero las grandes fotografías murales están allí, y entonces la infancia y la adolescencia de río y mar del autor de "Trailer de sueños" puede volver a llenarse de recuerdos desde el corazón mismo de La Habana hasta el puerto de la costa norte, en la provincia de Las Villas. Entonces surgen los recuerdos con largos coloquios con el mar y las aventuras primeras de imaginarios viajes desde la orilla del mar, el rumor de las olas invitando a todos los horizontes, el padre levantándose de pronto para reparar un puente lejano. Dos vías tenía siempre delante: la del ferrocarril hacia todos los puntos del interior y la de los barcos costeros. El mayor de la familia numerosa —de doctores, profesionales y gente quieta y austera— salió dionisiaco, febril, como para tomar sobre sí todas las experiencias y caminos del mundo. Nació el mes y el año de la república y creció con ella. Así se hizo muchacho y maduró el aventurero de los viajes y el viajero de las novelas y los cuentos, viajero a través de personajes de cada día o a través de los que siguen en él, parte de él, fragmentos suyos.

A la hora de la despedida no se sabe nunca qué nuevos horizon-

tes lo llaman. Las estrellas de La Habana cabecean. Nos deja un cenicero traído de la taberna donde el Dante comía y ahogaba sus quejumbres. Viene de Europa y va hacia América. Vuelvo a repetirme aquello que Labrador Ruiz escribió en uno de sus relatos: "Servir a Dios es seguir con honestidad el camino que el corazón prefiere". Así es el destino de Labrador Ruiz.